

Cansado de ver, oír y leer que los franquistas eran malísimos y los rojos bonísimos, aburrido de la penosa pelea del presidente Sánchez y su tropa con los restos del General Franco (es de agradecer que lo enterrasen con su Carmina, que era lo que deseaba el General, desobedecido por el mérito. Ya no son de agradecer sus mañas, su ideología y sus métodos, tan semejantes a los de Azaña, gobernando la lamentable II República), pretendo combatir los engaños actuales sobre el General y dar aire a las barbaridades, tan bien tapadas, que no nos cuentan del señor Azaña.

Honradamente pienso que los historiadores del gran Rebaño mienten. Hice un bachillerato serio, curiosamente el plan era de un notorio antifranquista, don Pedro Sainz Rodríguez. El Caudillo lo adoptó porque era el mejor, aunque tuvo sus detractores. Así José Solís, la sonrisa del Régimen, casi progre, preguntó: “¿Porque, en definitiva, para que sirve hoy el latín?”. El rector de la Universidad Complutense, Adolfo Muñoz Alonso, le contestó: “Por de pronto señor ministro, para que, a Su Señoría, que ha nacido en Cabra, le llamemos egabrense”. Leo libros y lo que venga, no invento la historia, como hacen otros tan a menudo, pues no tengo la suficiente fantasía (en eso sí les envidio). Dicen frecuentemente mentiras la mar de lúcidas y convincentes, para gente ayuna o medio ayuna en el tema, léase periodistas, profesores, hasta mi admirado Aznar y gente menuda.

Copio y pego testimonios de los que lo han hecho y vivido, en su mayoría del bando republicano. Escribo, o lo intento, como mandaba Cervantes que tenía que hacerlo un historiador honrado, en la actualidad muy pocos, cada vez menos: “El poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna”.

CAPÍTULO 1

HABLEMOS DE AZAÑA

Ídolo de la progresía patria; niño rico, pijo, rebelde y ensimismado, así le definió su caro cuñado (lo de pijo es mío). Huérfano de padres desde muy joven, se educa en el colegio de los Agustinos del Escorial, el más chic de España para niños ricos. Allí hay una cuadrilla de alumnos revoltosos y el niño se mete en ella. Cuenta que no le gusta, pero admite su disciplina y la autoridad de su jefe. Se doctoró en Leyes con buenas notas y, por influencia familiar, empezó a trabajar en el bufete del abogado don Luis Díaz Cobeña, uno de los mejores de entonces, donde don Manuel, vago, hizo el ridículo. Cuenta su cuñado: “se dio de lleno a la vida fácil, que su acomodada situación familiar le permitía (...) tenía arrendado un monte del marqués de Ibarra para cazar”. Puso un piso a una rapaza de dieciséis añitos, Consuelito, que compartía con un amigo de Alcalá. Disfrutaba él con tenerla contenta y solía charlar con el padre de la moza, posiblemente de la educación y respeto a menores prostitutas, problema que don Manuel posteriormente iba a ¿resolver? con su Gandula (ley de vagos y maleantes).

Regresó a Alcalá para mejorar los negocios familiares: unas magníficas fincas, una fábrica de ladrillos, otra de chocolate y la Central Eléctrica Complutense, viniendo su fortuna desde la época del cardenal Cisneros y aumentada por las

desamortizaciones sucesivas.

Empezó a escribir su primera novela que nadie leyó (su madre a lo mejor lo hubiese hecho, pero era huérfano), “La vocación de Jerónimo Garcés” (1904), y participó en una modesta revista local. Volvió a Madrid ya arruinado y tomó parte en la oposición a Auxiliares terceros de la Dirección General de los Registros y del Notariado, donde obtiene el número 2. A partir de entonces empezó su odio a notarios y registradores a quienes, por ocultos motivos para mí, odió toda su vida. Imagino que él quería ser notario, en su familia eran corrientes, pero la oposición era dura y don Manuel vago.

Conocemos los diagnósticos médicos de Azaña a los 38 años: “dispepsia neuropática, neurastenia cerebral con intensa sobreexcitación nerviosa, predominan la cefalea, el insomnio, la depresión de las facultades mentales, la abulia y las fobias” (¿es posible que Azaña se muriera estando loco?).

Por fin, a sus 31 primaveras (un ejemplo para generaciones futuras), gana la primera peseta trabajando, poco a confesión de parte. En su familia había habido numerosos notarios y altos cargos con influencia en la política, como el padrino de boda de sus padres que fue Cánovas del Castillo, seis veces jefe de Gobierno con el Rey, monárquico, de derecha. Consigue numerosos chollos: una beca en París de dos años, largas temporadas en la misma ciudad, pronto llega a jefe del negociado de Últimas Voluntades, en el ministerio de Justicia.

Junto con otros jóvenes seguidores de José Ortega y Gasset, firma su “Prospecto de la Liga de Educación Política Española” (1914). En ella reclamaban la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas, vincular la suerte de España a una política, siempre monárquica, que abriera las puertas a la democracia. Suponía un apoyo al Partido Reformista, presidido por el asturiano don Melquíades Álvarez (republicano de derecha, leal monárquico accidental) al que muchos, entre ellos Azaña, se afiliaron inmediatamente. Fue candidato a Cortes en las elecciones de 1914 y 1923 por Puente del Arzobispo (Toledo), aunque fracasó en ambas.

Debido a los malos resultados electorales del partido, se aproximó al “Partido Liberal” de Romanones, casi ligado al partido Reformista. Esta corriente posteriormente se divide en tres grupos: 1º. En la cabeza de este grupo destaca Ortega, que termina liderando la elitista fracción “Agrupación al Servicio de la República”, con Marañón y Pérez de Ayala, considerados los Padres de la República. Con Azaña no contaron para nada y ahí empezó el odio-envidia de don Manuel a Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, únicos pata negra, dicho sea con toda admiración y respeto, en la intelectualidad patria de la época. 2º. Otro grupo se acerca al PSOE, colaborador entusiasta con Primo en la Dictadura. 3º. El tercer grupo lo formaba “Acción Republicana”, grupo burgués clase media alta acomodada, progre aunque no demasiado, casi reformista, prácticamente sin influencia, liderado por don Manuel.

En esta época aumenta el odio y envidia a su antiguo jefe don Melqui. Los tres del primer grupo se salvaron de milagro de las limpias milicianas del 36 en Madrid, huyendo en barcos extranjeros. Don Melqui fue convenientemente fusilado junto a otros intelectuales patrios, casualmente enemigos políticos de don Manuel.

Escucha a Ortega en 1914 su “Vieja y nueva política”, que le atrae y asegura que seguirá su doctrina, para lo cual “jamás aceptará, la colaboración con los

socialistas” y afirma rotundamente que “los votos religiosos obediencia, pureza y pobreza, son lo más sublime que la libertad permite (...) el perjuicio redundante en daño de todos, cuando se sustituye la infalibilidad de la Iglesia por la del Poder Civil”. Sostiene que “las multitudes, como el individuo, son responsables de sus acciones y por tanto sujeto histórico” aunque, pasado un tiempo, asegura lo contrario (cosa tradicional en él) porque le venía bien a su carrera, que sería brillante (como la del lambiscón, que diría mi querido hijo mexicano) clásica y rentable.

Participó en la candidatura del cacique más cacique de la historia de España, Romanones, en el puesto noveno de doce, lo que permitió a don Manuel ser secretario del Ateneo. Romanones, al que posterior y frecuentemente despreciaría en público y privado, resaltando sus defectos intelectuales y físicos (“Romanones, que me miraba fijamente con su ojo rotatorio”).

Tuvo que dejar a su jovencita amante por falta de dinero, las cosas iban fatal.

Al sacar su oposición, cobra 4.250 pts. al año, que no era mala paga, aunque no de señorito rico. Ésta es su única fuente de ingresos ya que, hasta entonces, no había ganado una peseta trabajando. Con ardor da ceba a los que mandaban sobre él: monárquicos, curas, repúblicos, como dice él, de derecha e izquierda, socialistas, comunistas, masones y hasta el padrecito Stalin.

Se nos enamora el tortolito, después de haber echado los tejos a varias, todas muy jóvenes. Se llegó a enamorar de Mercedes, la hija de 15 años de Luis de Hoyos. Durante una larga temporada la recordó (escribía bonito): “es un crimen contra la vida postergar el amor”. Me dicen que la chica se casó con un militar. Salvó la moza, era inteligente, tendría paga más corta que el otro, pero seguro que su marido era más guapo y educado. En los Diarios de Azaña, 10-7-27, se refiere a la hermana de Rivas Cherif, también infinitamente más joven que él (ella 25 años, él 49): “¿De qué estoy yo tan tiernamente enamorado?, ¿es de una graciosa persona?, ¿es del amor? (...) ¿quizá la postrera en mi vida? Yo no lo sé (...) Estaba transido (...) No sé qué hacer y, entretanto, divago, me atormento y me entristezco”, ciertamente bonito. De todas maneras, a la que más nombra con nostalgia y cariño en sus memorias, es a Consuelito.

Se produjo una fuerte crisis con don Melqui, jefe político de Azaña, cuando Maura le ofreció que su partido participase en el Gobierno. Melquiades Álvarez se negó si no se reformaba la Constitución, quitándole al Rey el privilegio de nombrar al jefe de Gobierno y ministros, de manera que la soberanía estuviera en el pueblo. Azaña tenía esperanzas de lograr un ministerio, pero las condiciones eran duras para el Rey, quien no las aceptó, y Azaña se quedó con la ropita hecha.

A don Manuel le pareció fatal no tocar poder aún a costa de dejar la Constitución tan monárquica como estaba. Aquí empiezan sus diferencias con don Melqui, que terminarían siendo fatales para este último.

Cuando las cosas le empezaron a ir mal al Dictador, en secreto, se acercó a Lerroux, único republicano histórico en la época, feroz antiseparatista y más antisocialista aún. Caída la Dictadura consiguió ser ministro con el apoyo de aquél, al que luego despreciaría en todo momento. Pronto, viendo que la fuerza más poderosa era el PSOE, rápidamente se separó con malas maneras de Lerroux, pegándose como una lapa al socialismo de Largo Caballero, lo que le acabaría permitiendo ser jefe del Gobierno y presidente de la República.

Azaña, que quería ante todo medrar, lo vio más fácil con el apoyo de los antes infectos socialistas y republicanos, abrazando la República con el mismo entusiasmo que había abrazado a don Melquí y cía. Su carrera era lo único serio, España un medio para sacar buenas notas y provechos.

Durante la guerra, cuando empezaban a mandar los comunistas, despacha a Largo y coloca a Negrín, ansiado por el PCE. Santos Juliá nos cuenta: “estará ligado a la tesitura inmediata (...) obedecerán sus planteamientos (...) casi siempre a estrategias condicionadas por una coyuntura histórica determinada”. Para Santos parece que esa “tesitura inmediata” es España, para mí era su carrera política. A los 33 años es secretario del Ateneo, a los 56 presidente de la II República (¡no está mal!). Casi se puede suponer que, a partir del 38, si hubiese tenido ocasión, abandonaría la tesitura anterior, la pondría a parir y se uniría a la Falange española tradicionalista y de las Juntas de ofensiva nacional sindicalista, evidente “tesitura inmediata” en el 39.

Como don Galo, su ministro, no le daba mucha tarea, escribía en secreto: “en el orden político y social como una empresa demoledora (la República). Si me preguntan cómo será el mañana (el “probín” fehacientemente demostró que nada le importaba, a excepción de su brillante carrera), los gruesos batallones populares, encauzados al objetivo que la inteligencia (ÉL) les señale (...) Si agitan el fantasma social (...) me río del caos. La obligación de la inteligencia (ÉL), constituida en vasta empresa de demoliciones, consistente en buscar brazos donde los hay: brazos del hombre natural, en la bárbara robustez de su instinto (...) constituida, fácilmente manejable” (los no inteligentes, naturalmente). Ese era el español que él ansiaba, el de cerebro plano. Gran sorpresa se tuvo que llevar Azaña, cuando ese pueblo le corrió a gorrazos. Mira por dónde, esos hombres del Frente Popular, fácilmente le manejaron a ÉL. Además de ellos también le manejaron: don Melquí, el Dictador, Lerroux, Largo, Prieto, Negrín y el más el padrecito Stalin.

Decía Azaña de sus ministros: “Ha habido muchas intrigas por asegurar puestos que sirvan para ser ministros, gastando las nueve décimas partes de mi tiempo y mi energía en templar gaitas... con los necios y los ignorantes”. En realidad, no era bueno ni templando gaitas y escogió muchos malísimos ministros, prácticamente todos, pero muy sumisos (lamerones que dirían en México).

¡Madre! que políticos teníamos y tenemos. No cambian, a lo más empeoran. Ahí tienes al Coleta (Pablo Iglesias, excelente comunista, inasequible al desaliento y millonario), con derecho a consorte ministra de pocas luces. Se ha mejorado una barbaridad porque ahora hay incontablemente más sabrosas bicocas para todos y, si no las hay, se las inventan: un asesor, una cátedra para consorte, etc. (solo hay que ver a los amigos y la familia de Sánchez y tropa).

Del hambre, paro, asesinatos, del general desastre de la II República, los culpables eran sus ministros (aunque los hubiera elegido él), los anarquistas, los socialistas o la miserable derecha. Don Manuel, jefe del Gobierno y presidente de la República, máxima autoridad española durante mucho tiempo no tenía ninguna culpa, ni le obligaba ninguna responsabilidad. Tampoco de la más terrible guerra civil que ha tenido nuestra España, especialista en guerras civiles tremendas, ni de Paracuellos, checas, asesinatos de religiosos y seglares, etc. La culpa es de Franco; él era, evidentemente, inocente total, ¿verdad Rebaño?

Hablaba Azaña de la historia de España¹: “Ninguna obra podemos fundar en las tradiciones españolas (...) nada puede hacerse de útil y valioso sin emanciparnos de la historia. Como hay persona heredo-sifilíticas, así España es un país heredo-histórico. España es víctima de una doctrina elaborada hace cuatro siglos en defensa y propaganda de la Monarquía católica e imperialista, sobrepuesta con el rigor de las armas al impulso espontáneo del pueblo”. Cuenta Erasmus Darwin, abuelo de Charles Darwin: “En mis viajes por el inabarcable imperio español, he quedado admirado de cómo tratan a los indios, como a semejantes formando familias mestizas y creando para ellas hospitales y universidades, he conocido alcaldes y obispos indígenas y hasta militares, lo que redundaba en la paz social, bienestar y felicidad general que ya quisiéramos para nosotros en los territorios en los que, con tanto esfuerzo, les vamos arrebatando”. Casualmente las primeras Universidades utilizadas por los indios fueron las españolas, siglos después las restantes naciones siguieron el ejemplo heredo-sifilítico.

Decía don Manuel que “las masas son irresponsables de sus actos, los individuos no”, cuando lameteaba a don Melqui, Ortega y demás. Sin embargo, contaba después, favoreciendo a su carrera que “las masas eran responsables de sus actos”. Sería por eso por lo que sacaba frecuentemente al ejército con armas en las huelgas.

Era muy de cambiar de opinión, según ayudase a sus intereses. Sobre la ocupación de Ifni, declara: “Este asunto me interesa, y he puesto en él mucha atención, tengo en organización, además, dos unidades de refuerzo para el Sahara, mejoramiento de la aviación colonial para que nuestra presencia en el desierto sea más efectiva”. Muchas veces don Manuel había criticado el colonialismo monárquico español en todo el mundo, muy especialmente en América y sobre todo en Marruecos (el progre patrio también y ahora más): Así señalaba que “la postura de la izquierda en Monarquía era de oposición a la ocupación de Marruecos, su prensa la calificaba de aventura colonial”. De todas maneras, no hizo nada, como siempre, fue la derecha la que organizó y realizó la ocupación de la colonia. Como Sánchez, “donde dije digo, digo Diego”. (sic)